


PROHIBIDA SU PUBLICACIÓN


ALFAGUARA


Simón era su
nombre

PROHIBIDA SU PUBLICACIÓN



Capítulo uno



Mi bisabuelo, *Babá Domingo*, me enseñó que la vida continúa después de la muerte. Esto fue lo primero que dijo al iniciarme en las creencias ancestrales y, lo repitió antes de morir en una noche iluminada por luciérnagas, en el rancho de esclavos de la hacienda San Mateo, donde yo nací.

—Hipólita, hijita, no olvides que cuando los espíritus abandonan el cuerpo van a *Orún* —susurró con delicadeza, como si no quisiera interrumpir a la muerte. Después señaló a un altar de madera con la imagen de Santa Bárbara, que también representa a Changó, el dios del rayo, y me dijo que me la dejaba de regalo.

—La necesitarás para el ritual que te ayudará a abrir el paso entre este mundo y el otro. Así podrás llamarme y yo vendré a verte y... me moveré con facilidad, estoy seguro, porque ya no me lo impedirán estas piernas viejas y necias que se han negado a caminar los últimos años —dijo con los ojos brillantes, pero no de lágrimas; en ellos había tanta alegría que sonreí mientras apretaba su mano.

Uno a uno llegaron los vecinos, los amigos y los parientes, que eran una sola cosa. Se sentaron en el suelo de tierra y empezaron a cantar al son de pequeños tambores. Así esperamos con alegría (que teníamos que mantener secreta de la Iglesia y de los amos) a que llegara la muerte.

De *Babá Domingo* aprendí que Orún, el cielo principal, no sólo está dividido en nueve cielos, sino que a diferencia del cristiano permite a los espíritus volver a la tierra para hablar con sus descendientes. A los espíritus se los conoce con el nombre de *egungún*, que quiere decir enmascarados. Cuando se presentan, al ser invocados, están envueltos con tiras y retazos de telas de colores y en su rostro llevan una máscara de red con unos agujeritos en donde antes tenían los ojos.

Seis meses después de la muerte de *Babá Domingo*, cuando ya se había convertido en *egungún*, fui a conversar con él en un viejo cobertizo ubicado al fondo del jardín de la casa donde me llevaron a vivir. Era una tarde que yo consideraba muy especial, tan especial como la tierna criatura dormida que llevaba en mis brazos y que acosté con delicadeza en la hamaca que colgaba de la pared.

Encendí seis velas delante de la imagen de Santa Bárbara, cerré los ojos, me santigué seis veces, terminé de decir el nombre de Changó, también por sexta vez, e invoqué la presencia de *Babá Domingo*.

—Aquí estoy, Hipólita, hijita —la voz de *Babá Domingo* silbó como el viento mientras flotaba envuelto totalmente en las tiras multicolores. Me recordó a un pájaro con las plumas despeinadas. Sentí su mirada llena de cariño observándome a través de los agujeritos de la máscara.

—Lo traje en secreto para que lo conocieras, como me pediste —señalé a mi niño que dormía en la hamaca. Parecía un ángel vestido con su faldellín de bautizo aquel 29 de julio de 1783. Noté que había conseguido liberar una mano de la mantilla que lo ceñía para chuparse el dedo pulgar, algo que hacía desde su nacimiento a pesar de todos mis esfuerzos por impedirselo. Así era mi niño: apenas con seis días de llegado al mundo ya lograba lo que se proponía.

—Lo han bautizado Simón José Antonio de la Santísima Trinidad. Míralo, duerme como un bendito —continué entusiasmada.

—Lo veo, hija, lo veo; es él —dijo complacido *Babá* Domingo—. Siempre le gustará acostarse en una hamaca, siempre —su voz tenía un cierto tono de admiración, como si aquello fuera una cualidad.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —pregunté sintiéndome decepcionada. La última vez que había invocado a *Babá* Domingo, me había contado que el niño que estaba por nacer en aquel hogar realizaría hazañas heroicas y portentosas, y que justamente por ese motivo quería conocerlo.

—Ten paciencia, Hipólita, hijita, con el tiempo lo sabrás —explicó con amabilidad—. Para comenzar, que su nombre sea Simón no es ninguna coincidencia, como se podría creer, si pensamos en unos importantes antepasados blancos que también llevaban este nombre.

—¿Antepasados blancos? ¿Acaso no son todos sus antepasados blancos? —pregunté confundida.

Babá Domingo dijo que los árboles más fuertes tienen varias raíces y sin dar más importancia al asunto, continuó con su conversación en relación al nombre de Simoncito.

—Santo Simón se celebra el veintiocho del mes de octubre, Hipólita. ¿Recuerdas en qué fecha se conmemora el día de María Lionza?

—¡El doce del mes de octubre del mismo mes! —contesté de inmediato, recordando a la diosa de la naturaleza y del agua.

Babá Domingo rió con suavidad aprobando mis conocimientos.

—El nombre “de la Santísima Trinidad” tampoco es una casualidad —añadió *Babá* Domingo.

Estaba dispuesta a recordarle que la familia de Simoncito tenía una capilla dentro de la Catedral llamada de la Santísima Trinidad, pero él no me permitió interrumpirlo.

—En este niño habitan tres elementos: Tierra, Fuego y Agua, que harán de él un ser único y especial —explicó *Babá Domingo*, flotando sobre la hamaca donde dormía *Simoncito*.

—Entonces lo llamaré Trinitario —concluí contenta—. Si mi niño lleva dentro de sí tres espíritus bien merece aquel apodo, aunque tenga que decírselo en secreto.

Babá Domingo estuvo de acuerdo.

—En el elemento Tierra ha nacido, en el Fuego luchará y en el Agua llegará al Gran Mar Eterno...en el Agua... —su voz se apagó.

De repente, me encontré sola frente al pequeño altar. Una de las velas había resbalado y estaba por consumirse. Yo era aún novata en cosas de los rituales, pero sabía la importancia de mantener seis luces encendidas. Pensando que la desaparición de *Babá Domingo* se debía a aquello, prendí otra vela con toda rapidez y la pegué sobre la cera derretida. Me preparé para volver a invocarlo y reanudar nuestra interrumpida conversación, cuando escuché el arrullo.

*“Duérmete mi niño
mi niño Simón
que allá viene el coco
con un carretón.*

*Mira que tu madre
con tus hermanitos
salió a San Mateo,
salió tempranito.*

*Duérmete Simón
De mi corazón”!*

Era la negrita Matea, que había entrado al cobertizo sin que yo lo notara. Estaba sentada en la hamaca, arrullaba a Simoncito en brazos impulsándose con las puntas de sus pies. Su voz de diez años se deslizaba como miel de panela por las paredes de tablas y el piso de tierra. Matea también venía de la misma hacienda, de San Mateo. Con mis veinte años recién cumplidos, al llegar Simoncito pasé a ser su nana, y trajeron a Matea para ser la compañera de juegos de los otros tres niños de la familia.

Fui hasta ella y miré a mi niño. Pensé en lo que acababa de decir *Babá* Domingo sobre sus nombres. El amo Juan Vicente había querido llamarlo Santiago, pero el padre Félix, que era su tío y padrino, insistió en bautizarlo Simón.

—Simón, Simoncito —lo llamé con ternura, acariciando sus cabellos negros y rizados.

—También lo bautizaron con el nombre de la Santísima Trinidad —me recordó la negrita Matea—. El padre Félix dijo clarito: Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios —repetió orgullosa de haberlo memorizado y luego preguntó por qué los blancos tenían nombres tan largos.

—Pues porque poseen mucho. Son dueños de tal número de posesiones que necesitan un nombre extenso, como una canoa, para cargar con todo. En cambio, los negros sólo llevamos nuestra alma a cuestas.

Mi broma la hizo reír y yo le conté que pensaba llamar a Simoncito con el apodo de Trinitario. Ella pensó que me refería a su nombre de la Santísima Trinidad.

—No. Es por los elementos; los espíritus que lleva dentro: Tierra, Fuego y Agua —repetí las palabras con lentitud. Apenas terminé de decirlas, sentí un escalofrío de emoción—. ¡Agua! ¡El agua es lo que une a Simoncito a la diosa María Lionza y es por eso que comparten el mismo mes! —exclamé en voz alta, pero me callé al ver la mirada de susto de Matea.

—Hipólita, si te escuchan... —empezó a reclamar Matea. El terror que sentía era bien fundado; mezclar las antiguas creencias con la cristiana, no sólo estaba prohibido sino que cualquier acto pagano merecía por lo menos cien latigazos.

—Tú no te preocupes, negrita Matea, que nadie nos oye —expliqué con pena de ser la causante del miedo que brillaba en sus ojos.

A pesar de mis palabras tranquilizadoras, Matea se estremeció y Simoncito despertó llorando.

Matea lo pasó a mis brazos para que lo llevara donde doña Inés Mancebo, una buena amiga de mi ama que lo amamantaba. La pobre había parido a una criatura muerta, mientras que el ama María Concepción había quedado muy débil para darle de lactar.

—Lo que no sabes tú es que doña Inés aún no ha regresado —contó Matea con la satisfacción de demostrarme que ella conocía algo que yo ignoraba—. Se fue a rezar el rosario en la catedral. Lo sé porque me pidió que cargara su reclinatorio, pero el ama me ordenó que te buscara. Yo sabía que te encontraría en este lugar... ¡y con Simoncito! —me acusó con su mirada.

—Aunque abrieran la puerta y entraran, solamente hallarían el altar de Santa Bárbara y no está prohibido rezar a los Santos, negrita Matea —le dije con un guiño.

—Pero nos castigarían por traer a un bebé tan chiquitico a un sitio tan feo y viejo, lleno de telarañas, ratas, ratones, murciélagos, arañas... —comentó, buscando razones exageradas para sus reproches.

Matea se levantó de la hamaca. Estiró los brazos delgados y gráciles sobre su cabeza y bostezó.

Le estaba diciendo que parecía una gata desperezándose cuando la puerta del cobertizo se abrió de golpe y la silueta de un hombre cubrió la luz del atardecer.

—¡Ajá! ¡Te encontré, Hipólita! ¡No podrás negar que estabas haciendo brujerías! —sus palabras saltaron encima de nosotras como víboras en busca de su presa.

PROHIBIDA SU PUBLICACIÓN